

audacia no corrientes en las mujeres—. La frontalidad para aceptar el intenso vínculo erótico con Bolívar es la misma con la que cabalgó y disparó en sus incursiones de batalla. La Gran Colombia era también su sueño.

Y Manuela Sáenz se planta firme, eterna, para los ecuatorianos. Multiplicada en el cielo de la historia por voces mayoritariamente masculinos, entre incomprendiones de género y exaltaciones supremas, hoy recibe la mirada equilibrada y justa de Raúl Serrano Sánchez, quien merece elogio y gratitud por su trabajo.

CECILIA ANSALDO BRIONES
UNIVERSIDAD CATÓLICA SANTIAGO DE
GUAYAQUIL

FELIPE GARCÍA QUINTERO,
Mirar el aire,
Bogotá, Universidad Nacional de
Colombia, 2009.

Mirar el aire, de Felipe García Quintero (Bolívar, Colombia, 1973), sorprende por la madurez que muestra en sus partes y en el todo. Se trata de un libro que, en términos temáticos, indaga sobre lo que es la condición vaciada del sujeto ante un tiempo y en una hora en la que toda posible contemplación de lo que agrede y disloca a ese sujeto se torna subvertor.

Las estrategias expresivas de la voz lírica parten desde el desplazamiento por todo lo que son las esferas interiores de la memoria, como el desamor y la soledad, y que la incitan no a construir un discurso imprecatorio, con ciertos niveles de vehemencia, sino, todo lo contrario, a anteponer una palabra tramposamente reposada, capaz no solo de reinventar ese otro lenguaje que toda buena poesía fragua, sino de reformular, de poner en cuestionamiento lo que el contorno, o la llamada realidad, nos propone como limitación o frontera de todos los fracasos:

La realidad deshecha en sus murallas.

Suceder de los elementos
en la fuga de la voz (p. 21).

Esa condición tramposa de la palabra meditada, está al servicio, en el discurso poético, de aquello que es parte del paisaje que el sujeto lírico no solo traza, sino que pinta; pues la capacidad plástica de la escritura de García Quintero, le permite construir una es-

pecie de gran panel o lienzo por el que desfilan los diversos elementos de aquel universo simbólico que se nos presenta como una sorprendente deconstrucción de lo que es el reino natural. La mirada y la voz del escriba del que habla Piedad Bonnett en el prólogo, no es otra que la voz desesperada, desesperante, de quien busca asirse, como los personajes de las novelas de Cormac McCarthy, a un mundo que solo ha existido en la medida en que los hombres y las mujeres fueron capaces de saberse parte de sus horrores:

Desbocado en lo inmóvil
el grito al que nadie presta sus ojos
paisaje extinto por el que ninguno
pregunta (p. 34).

Por tanto, el paisaje por el que pregunta y nos interroga el sujeto lírico es el de la ruina que nos es dorada o presentada como resultado de un largo y complejo peregrinaje por todo lo que son las experiencias, en el caso de García Quintero, de todos los mortales. Pues esa “voz en fuga” siempre es masculina, resultado, también, de esa visión que permite hacer de la pérdida una especie de batalla en la que “en cada palabra es de noche” (p. 93). Esa idea de lo nocturno, lo gris, corre y recorre a lo largo de esta luminosa escritura. De pronto, el oxímoron busca reflejar esa condición paradójica de los textos de García Quintero, en la que la única certidumbre que se tiene es que todos somos una especie de invitados a vagar por esos círculos y laberintos que Dante cifró en su hora, no únicamente como una condena por pagar, sino como una condena a la que siempre estaremos atados en tanto nos

sepamos parte de todo lo que es la aventura de la vida.

Una aventura que García Quintero asume desde la lucidez, que pretende desestabilizar el apotegma bíblico de que los más brillantes siempre son los hijos de la oscuridad. En este caso, quienes brillan son los hijos de la sombra y los que el aire torna, en su opacidad, transparentes. Juego de contrarios que, a la vez, es la evidencia de esa lucha sutilmente cruenta de los contrarios:

Conmigo quedo a solas. Y hablo.
En soledad me desdigo. En un rincón
de mi mano, mi voz lejos como ceniza
del aire (p. 63).

Esta escritura tiene esa capacidad asombrosa de ser instantánea como la “ceniza del aire”, por tanto, posee esa enorme capacidad de revelarnos lo que, de pronto, los suicidas, esos valientes poetas de las profundidades de todas las desolaciones, son capaces de anunciarnos desde la otra orilla. La de García Quintero es una escritura cuya condición postmoderna se marca por su negativa a saberse dentro de estos circuitos de lo descartable, lo provisorio y vacío. De ahí que cada texto que integra *Mirar el aire* no sea sino una gran ironía deconstruccionista frente a todo lo que desde la práctica y visión de la prótesis se nos ha propuesto como supuesta y legítimamente vital. García Quintero, como reivindicando las batallas de la palabra poética, viene a desmentir a aquellos filósofos y teóricos que, en la postmodernidad, intentaron inventar el cuadrado (pues otros, incluso dentro de nuestra mal leída tradición, pensaron y reflexio-

naron sobre lo mismo con similar solvencia) sin llegar hasta esos rincones en los que mirar el aire implique, también, superar el albur de que el filosofar le hurte terreno y potencia a la poesía.

Albur que García Quintero sabe sortear con destreza y sin descuidar y olvidar que lo suyo corresponde a lo que la palabra poética propone como una babel, esa fusión y ruptura de las verdades y preguntas que el filosofar se plantea para que la Esfinge de todos los tiempos las responda. En *Mirar el aire* lo que vibra y late son las preguntas, las dudas, las incertidumbres, la desazón que solo la poesía es capaz de elevar a esa condición de sinsentido que nos cifra con tal profundidad que la noción de verdad es algo que siempre está bajo sospecha:

Mientras digo mi decir ahondo
en el callar del pensamiento (p. 53).

Mirar el aire es la afirmación, dentro de ese juego de la sospecha, de un proyecto —creo que siempre hablamos de un proyecto que nunca tendrá fin—, que se inició en 1999 con *Vida de nadie*. Título, como el presente, que es una caja de resonancias simbólicas. En ese orden García Quintero publicará en 2001 *Piedra vacía*, y en 2005, *La herida del comienzo*. Como podemos colegir, todos se ordenan tras esa tentación por darle nombre y lugar a lo que la poesía nombra desde sus múltiples posibilidades expresivas. Proyecto de escritura que ha sabido nutrirse de la tradición inmediata, así como de aquellas fuentes de las que el autor ha bebido intensamente, lo que le ha permitido construir una voz que dentro de la lírica colombiana y latinoamericana de estos

tiempos, resulta muy particular. De ahí que uno y otro crítico siempre le estén buscando filiaciones, incluso nostalgias que se sintonizan con los legados de los grandes fundadores de la nueva poesía continental. Explicable, pero no justificable.

Creo que esta escritura se sostiene en sí misma. Su propia capacidad para la fuga le da esa pátina de ser un código que se reconstruye desde lo que dejan y desordenan todas las fugas, esto es, su sorprendente juego con lo atemporal, tema que hace que el viaje sea un retorno permanente al origen de todas las criaturas que pueblan este jardín en llamas: la palabra que siempre nos parte y completa desde su magia, pues, como leemos en uno de los logrados y hermosos textos de García Quintero:

Tanto es, poco al quizá cierto de
lo oculto en la voz (p. 93).

Lo oculto es lo que el poeta busca, se propone e impone traer a la superficie. De pronto, es, la excursión en la que nunca sabrá que va a encontrar ni con qué se va a encontrar. Ese viaje necio, sin otro mapa o brújula que las meras intuiciones y tanteos de ciego del escriba, va constituyendo la materia que hará visible lo que la obvedad o lo rutinario tornan excesiva y brutalmente cotidiano:

Cuando te sabes polvo en la luz de lo
mirado.
Niebla el mundo que en tus ojos nace.

Necia astrología de los labios que aca-
llaron la ceniza (p. 91).

Anota la lúcida María Zambrano que el poeta siempre busca un lugar que no necesariamente es el que le da sosiego, y que

Regresa cuando se va: a la naturaleza o al modesto y domeñado campo. Al orden que siente sea el primero y se ha ya ocultado, se le ha ya sustraído, alentando tan próximo a él. Huye a las afueras, bordea las horas y los oscuros lugares, las horas y los lugares sin nombre de la ciudad. Atraído siempre por el nombre primero y por lo sin nombre, que el poeta apetece nombrar o, al menos, mirar, sentir y, ante todo, darle compañía, que lo no nombrado o innombrable no se quede solo. Y el poeta así se asimila a ellos, se hermana con ello. No tiene nombre y solo de este modo lo encuentra a veces, en momentos en que la palabra vuelve a ser humildemente.¹

Pues sucede que en el ejercicio poético de García Quintero, la palabra “vuelve a ser humildemente”, logrando que lo sin nombre se contenga en la plenitud del verso que se muestra límpido, como ese aire que el poeta invita a mirar y que todos sabemos solo es posible, como diría nuestro implacable y conmovedor faquir, César Dávila Andrade, encontrarlo en el relámpago.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,

SEDE ECUADOR

QUITO, DICIEMBRE 9 DE 2009

1. María Zambrano, *Algunos lugares de la poesía*, Madrid, Trotta, 2007, p. 70.